

UN MISTERIO SIN BASE

La que hasta ayer fue una base con misterio, hoy ya es un misterio sin base, una incógnita despejada que devuelve parte de la tranquilidad a los vecinos de Sonseca que saben, a partir de la visita efectuada por su alcalde al interior de la base americana, que allí no se esconden ni los militares, ni sofisticados ingenios bélicos, sino anticuados detectores sísmicos para el control de las explosiones nucleares que se producen en el mundo, principalmente en la Unión Soviética.

En este caso, la realidad ha distado mucho de superar la fantasía de quienes, faltos de datos contrastados, especulaban —consecuentemente con el hermetismo tenaz de las autoridades militares— las mil y una posibilidades inquietantes que las modernas tecnologías pueden hacer concebir en cualquier susceptible ciudadano. Al final ha sido como el parto de los montes, y hasta habría que confesar que algo de «decepción» se leía en los rostros de quienes tuvieron ocasión de pasear su mirada por el interior de la base en la fría mañana del pasado día 21 de febrero. Unas escasas y reducidas habitaciones, y algún que otro despacho, componen todo el núcleo del viejo misterio, donde los signos militares brillan por su ausencia y lo más tecnológicamente sofisticado que asoma, si exceptuamos los registradores sísmicos, es la máquina de las coca-colas.

La reflexión, al cabo de casi treinta años de celoso secreto, es por qué se ha querido incentivar, durante tanto tiempo, las morbosas especulaciones de los ciudadanos y mantener la inquietud de los vecinos de la zona, cuando, tan fácilmente como ahora, se ha podido —y debido— proceder a desmontar el misterio mediante una jornada informativa similar a la llevada a cabo con seis lustros de retraso.

Otra cosa es, naturalmente, la incomodidad y hasta la

ofensa a la propia dignidad que cada cual pueda sentir por ver a la puerta de su casa una base extranjera. Eso, mucho es de temer que sea una cuestión de más difícil solución. Mientras tanto, ya es algo que por fin Sonseca haya doblado la curva en la historia de su viejo misterio, y tenga una cierta garantía de que no descansa sobre una parrilla de cabezas nucleares. Para llegar a esto se ha tenido que esperar a que el dólar alcanzase las ciento ochenta y seis pesetas.

UN CAMPO... DE BATALLA

El que, en una región eminentemente agraria como Castilla-La Mancha, los agricultores desentierren el hacha de guerra y amenacen con pasar el Mississippi de las buenas maneras, puede suponer bastante más que uno de tantos incidentes en la dialéctica poder-oposición y convertirse en el «Wounded Knee» del gobierno regional; en el aniquilamiento del séptimo de caballería socialista, cuyas cabelleras electorales pueden ser trofeo en las picotas aliancistas en cosa de un quitame allá esa reconversión del viñedo.

La cosa puede devenir cruda para el gobierno Bono si al Lázaro moribundo del campesinado regional le da por levantarse y echar a andar hasta las urnas en una geografía electoral como la nuestra donde abunda, más que nada, el rastrojo. El tradicional silencio del campesino suele tener naturaleza volcánica y, cuando se quiebra, puede arrasar pompeyas electorales y derribar gobiernos por muy autónomos que sean. Sobre todo en una región como Castilla-La Mancha donde sólo 40.000 votos de diferencia separan al partido Socialista de la Coalición Popular. Si hay equilibrios delicados, el de Castilla-La Mancha es de los de ingreso en la UVI.

Ni los más viejos del lugar recordaban haber visto en Toledo una muchedumbre tal, ni tan encolerizada, como la que ese sábado de

carnavales llovió por los cinco canalones provinciales sobre la capital regional. Palidez de rostros en el palacio de Fuensalida, asediado por una muchedumbre cargada no sólo de razón sino, sobre todo, de ajos. proyectiles de verdulería tierra-aire contra los muros de la autonomía, en cuyas almenas, solo ante el peligro, el consejero de Agricultura, Fernando López Carrasco atravesaba el momento más crítico de su carrera política.

Algunos han querido ver alegorías franquistas de viaje a bocadillo en la «excursión de los diezmil», y han pretendido restarle importancia como cosa más de carnaval que de cuaresma. Pero la procesión va por dentro y los más del gobierno se palpan todavía las ropas, donde, dicho sea de paso, es fácil que alguno se encuentre algún que otro ajo. Hasta ahora no han rodado más cabezas que las de los propios ajos, pero a muchos puede hacérselas volver hacia otros horizontes. Sin ir más lejos, y de resultar ciertos los rumores, el mismo presidente Bono no desearía presentarse de nuevo a las elecciones regionales y estaría añorando su acta del Congreso.

De una u otra forma, la «excursión de los diezmil» ha abierto formalmente la pre-campaña electoral por las regionales de Toledo, como correspondía. Cuando ese mismo día en otros entes autónomos se leían pregones de carnaval, aquí se pronunciaban pregones carniceros con menciones a las madres ajenas y reivindicaciones en las puntas de las espadas. El ruido se llevó gran parte de las palabras y las voces ocultaron la claridad de los argumentos. Pero los ajos, además de cierto olor agropecuario, dejaron en Fuensalida el aldabonazo de una advertencia sonora y un no sé qué de melancólicos augurios. Los ajos son así de elocuentes, cuando se ponen.

EL MUSEO ESTA SERVIDO

Arcanos insondables de la sociología en esta parte um-

bilical de la piel de toro, nos sitúan ante el fenómeno, ciertamente curioso, de que nunca ha sido tan conocido, comentado y popular el Museo Victorio Macho en Toledo como cuando se ha estado exponiendo en Palencia. Nadie es profeta en su tierra, y los museos, como se ve, tampoco.

Hace catorce meses los resultados de una posible encuesta sobre la existencia del Museo de Victorio Macho hubiera arrojado entre los toledanos unos índices de conocimiento vergonzantes. Ahora, al menos, como el rocambolesco episodio del secuestro que nunca existió, es de esperar que crezca el interés por el museo, y los toledanos se decidan a visitarlo aunque sólo sea el prurito morbosos de ver de cerca «los cuerpos —escultóricos— del delito».

Para los que durante más de catorce meses han seguido con inquietud el conflicto entre Palencia y Toledo sobre la ubicación definitiva de las obras de Victorio Macho, parecía un milagro asistir a su devolución, a principios de febrero, de las obras «La Madre» y el «Hermano Marcelo», dos de sus más importantes esculturas. Muchos, guiados de cierto pesimismo histórico, pensaban perdido para siempre el patrimonio escultórico, y hasta se conformaban con que en el solar del museo, en la Roca Tarpeya, no quisieran abrir los palentinos una casa regional. Al final, el alcalde Joaquín Sánchez Garrido, se ha apuntado un importante tanto, que eso sí, le ha costado centenares de kilómetros y más de un acaloro verbal, el último de los cuales revestido de ultimátum.

A pesar de todo, el tema dista aún de estar definitivamente resuelto a falta de la devolución de las obras que todavía se almacenan en Palencia, y cabe temer que el conflicto torne sobre sus pasos y se reavive el pulso con los palentinos. Sabido es que, no en balde, los tenaces Numantinos tuvieron a los palentinos como uno de sus mejores aliados. ■

Mariano CALVO